

Género hegemónico y cultura, el modelo de masculinidad en la cultura popular

Óscar Vázquez Martínez*

GÉNERO Y CULTURA, LOS ENGRANES INVISIBLES

Durante los últimos años, los estudios de género emanados del feminismo han descrito las características de los modelos culturales asignados tanto a hombres como a mujeres, denunciando la desigualdad de las condiciones sociales entre ambos, lo que ha causado el estudio de las relaciones sociales desde un punto de vista más objetivo en aras de un cambio en los papeles de los y las integrantes de las sociedades actuales.

Este escrito propone una reflexión sobre la dinámica de la producción y reproducción del concepto de *género* en la cultura a partir del modelo de masculinidad. Con apoyo en las ideas de Gramsci, se postula al género como “hegemónico” a consecuencia de la manera en que se produce y reproduce, encontrando justificación y fortaleza dogmática en prácticamente toda actividad cultural, reforzando y alimentándose a su vez de un aparato ideológico sustentado en las relaciones de dominio.



IZTAPALAPA 45
enero-junio de 1999
pp. 27-40

* Miembro del área de Investigación y Procesos Psicosociales de los Fenómenos Colectivos del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

Para demostrar que el modelo de masculinidad puede considerarse una expresión ideológica que forma parte de una estructura hegemónica, reflexionaremos acerca de la validez de usar los conceptos gramscianos aplicados a la teoría de género apoyándonos primero en la génesis del sujeto social en el seno de la cultura, para pasar después a la dinámica cultural dentro de la hegemonía e integrar así el concepto de *género hegemónico*.

La importancia de una reflexión de este tipo radica en la posibilidad de formular alternativas de deconstrucción del modelo de masculinidad y por lo tanto del género desde un punto de vista diferente, ya que esto permite pensar en ellos como estructuras dinámicas y transformables hacia un posible nuevo concepto de género que no se estructure a partir de relaciones de dominio.

CULTURA Y HUMANIDAD

Los aportes de diversos teóricos de las ciencias sociales han planteado que, en la humanidad, todo es vivido y conceptualizado desde la cultura; en el sujeto no se puede hablar propiamente de conductas asociadas únicamente a la satisfacción de necesidades físicas. Los comportamientos en la humanidad se relacionan con cuestiones culturales, e incluso podemos decir que las acciones asociadas con procesos naturales (como el nacimiento, la muerte, el comer o el

dormir) están impregnadas de una simbolización cultural que es aprehendida por los miembros de la sociedad y que las hace parte de la cultura misma, por lo que la humanidad vive estas experiencias como “naturales” aunque en realidad están investidas de una gama de rasgos culturales que permiten que dichas experiencias sean asociadas a una serie de símbolos que hacen de la experiencia “natural” un acto vivido y estructurado desde la cultura.

La participación de la psicología social en este debate comienza desde el momento de definir si las conductas humanas se pueden atribuir a cuestiones naturales o pueden ser tomadas como “innatas”. Muchas teorías tratan de revelar este argumento y atribuyen una parte del comportamiento a una esencia innata con raíces en la naturaleza, insinuando que esta explicación podía saciar todas las incógnitas al respecto. Pero, por ejemplo, ¿cómo se pueden explicar muchos de los procesos sociales, como los de sometimiento, por medio de un argumento que atribuye esto a un impulso natural del hombre?

Buscando una respuesta a la cuestión natural-cultural del ser humano, algunos teóricos han propuesto que toda respuesta a la condición humana y al origen de conductas y relaciones sociales debe estar vinculada con la idea del sujeto como ser social, que si bien vive procesos naturales como ser vivo, éstos son satisfechos o frustrados dentro de un ámbito comunal con otros sujetos.

Pichón-Riviere (Pampliega, 1990: 20) postula su concepto de sujeto de la siguiente manera:

El hombre es un ser de necesidades que sólo se satisfacen socialmente, en relaciones que lo determinan. Nada hay en él que no sea resultante de la interacción entre individuos, grupos y clases. Entiendo al hombre como configurándose en una actividad transformadora, en una relación dialéctica, mutuamente modificante con el mundo, que se da siempre a su experiencia como mundo social, es decir, entretejido de vínculos y relaciones sociales. Esa relación dialéctica tiene su motor en la necesidad.

Desde este punto de vista, Pichón-Riviere aporta nueva luz a la discusión y responde a la pregunta antes citada, ya que describe dentro de su concepción de sujeto las relaciones entre naturaleza, hombre y sociedad, proponiendo que el ser humano es naturaleza pero emerge de ella transformándola y transformándose a partir del trabajo y en la producción de bienes necesarios para su subsistencia, en la que se apropia de la naturaleza modificándola en vista de sus necesidades, con lo que se afirma que el hombre en relación con su particular organización biológica es productor de su vida material en una doble conexión con la naturaleza y con los otros hombres. Así, dentro de esta doble relación, el hombre no sólo es productor sino simultáneamente reproducido y determinado.

El psiquismo surge de la interiorización de las relaciones de producción como estructuras y los órdenes sociales e históricos del desarrollo humano, dando por resultado una interiorización como instancia y función representacional que generará el devenir de las formas de simbolización así como el lenguaje y el pensamiento.

Al llevarse a cabo este proceso, se fundamentan conceptos tales como las formas de conciencia social, dando el carácter de social e históricamente determinada a la naturaleza humana, con ello también se determinan los vínculos interpersonales así como las instituciones, gobernando el proceso de constitución de la subjetividad.

Al situar como emergente al sujeto dentro de la teoría pichoniana, se le considera dentro de un sistema vincular-social a partir de la relación fundante entre necesidad y satisfacción, afirmando que esta dialéctica esencial es constitutiva de lo subjetivo con base en dos pares contradictorios, el de *necesidad-satisfacción* y el de *sujeto y contexto vincular-social*, por lo que se postula que lo que vincula al ser humano con la naturaleza es la necesidad inherente en todo ser vivo.

La contradicción entre necesidad y satisfacción se da en un nivel interior en el sujeto, en tanto que la fuente de gratificación es exterior, creando una contradicción que promueve la relación social en la búsqueda de dicha fuente, que consolida a la necesidad como fundamento motivacional de todo vínculo,

donde toda satisfacción es accesible a partir de la experiencia con el otro, siendo eminentemente social. Con este argumento podemos decir que los procesos psíquicos son, sin duda, la conexión entre lo natural y lo social fundado en el interjuego de la necesidad y la satisfacción y es aquí donde toda acción, norma o ideología tienen su fundamento.

Tanto Althusser (1977: 97-141) como Pichón-Riviere hablan sobre la residencia subjetiva de la ideología y de los procesos fundantes de la cultura humana (aunque Althusser ubica los procesos de la ideología en el terreno de lo inconsciente), quedando claro que al postular la dialéctica de necesidad-satisfacción como fundante de procesos, como la instauración de normas y consolidación de ideologías, el lugar de la cultura queda dentro de esa parte fundante de la subjetividad en la relación entre el sujeto y el contexto vincular-social.

Al hablar de cultura no sólo hablamos de un cúmulo de conocimientos, sino también de todo tipo de relaciones que practique una sociedad entre sus miembros, vinculadas a su vez con todas las actividades desempeñadas dentro de ella, desde su política, el arte y el trabajo, así como su cotidianidad. Tradiciones, costumbres y hábitos marcan esta cotidianidad del proceso cultural de una sociedad. La cultura en general respalda y caracteriza todo comportamiento de los miembros de una sociedad. Dicha cultura se modificará según las necesidades de la sociedad, y es resultado de la producción y la re-

producción de la misma en función de las actividades de hombres y mujeres y la influencia de factores como el medio ambiente y las transformaciones a éste que la humanidad realiza para adaptarlo a sus necesidades.

Al conceptualizar de esta manera a la cultura, podemos afirmar que es la contenedora de la actividad humana y como tal no puede ser tomada como algo inerte. La cultura es dinámica y heterogénea, lo que quiere decir que es una para toda la sociedad, pero sus miembros la vivirán de una manera diferente al interpretarla y adaptarla a sus modos de vida e intereses, por lo que toma este carácter heterogéneo que se había mencionado. Los diversos grupos que componen la sociedad reproducen y producen la cultura desde su posición dentro de la sociedad. Obviamente hay conflictos internos en donde las relaciones de dominio son el campo para hacer valer los intereses de algunos grupos sobre los de otros, ya sea de una forma mediadora o total.

La cultura ofrece a los miembros de la sociedad una identidad tanto individual como de grupo y una imagen ideológica de la sociedad a la que pertenecen, proporcionándoles un sentimiento de unidad e identificación como comunidad.

HEGEMONÍA Y CULTURA: EL PAPEL DE LOS GRUPOS EN LA ESTRUCTURA IDEOLÓGICA

Según Gramsci, para que un grupo tenga éxito dentro de las relaciones de

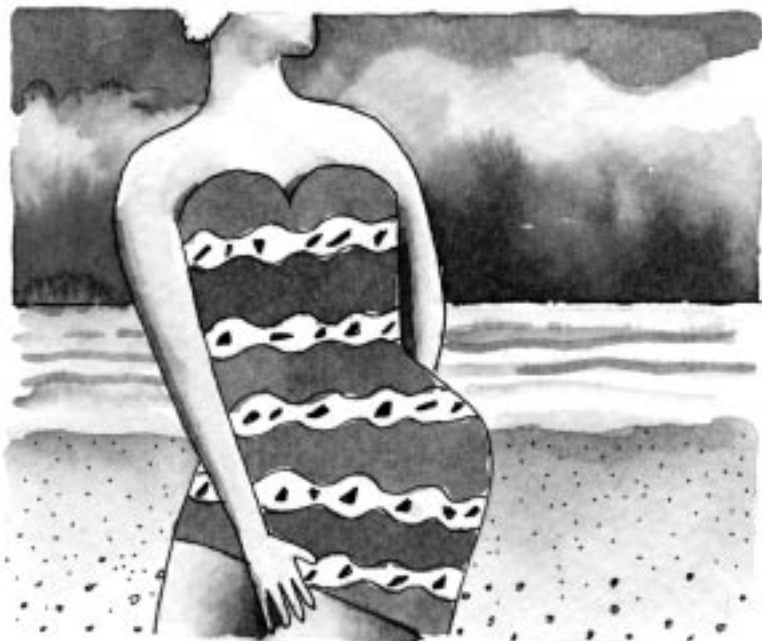
poder y controle a la sociedad a la que pertenece puede optar por dos caminos (Portelli, 1982: 20): puede reprimir a los demás grupos usando la coerción y formar una dictadura o puede mantenerse en el poder sustentando la dirección ideológica de la sociedad forjando una hegemonía.

En el caso de la hegemonía, la ideología equilibra y justifica al aparato de coerción y el acaparamiento de los excedentes de los medios de producción, ya que para Gramsci (1971: 12) la ideología es una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en todas las actividades de la vida intelectual y colectiva; esta concepción del mundo justifica las acciones del grupo dominante. No hay que olvidar que es “su concepción del mundo” y ésta debe ser

difundida a toda la sociedad; ésta es tarea de la capa de intelectuales al servicio del sistema que también se encargan de invalidar ideologías contrarias a las del grupo dominante, así como todas las expresiones culturales que estén fuera de lugar dentro del sistema hegemónico.

Aunque el sistema hegemónico se empeñe en ser una totalidad, la relación entre el grupo dominante y los grupos subordinados no es tan rígida, ya que los grupos subordinados presentan una resistencia al sistema ideológico expresado por el poder cultural del grupo dominante al sustentar su propia ideología y apropiarse de sectores de la cultura que le fueron atribuidos como características; estas relaciones son ambiguas, ya que los grupos subordi-

Ilustración: Juan Ezcurdia



nados presentan esta resistencia que cuestiona a la cultura de los grupos dominantes, pero que en muchos aspectos la valida. Esta ambigüedad es el resultado de ver a la cultura como relaciones humanas donde los intereses de grupo luchan entre sí al contraponerse necesidades no cubiertas con fragmentos ideológicos que expresan lo contrario o niegan todo derecho a la satisfacción de dicha necesidad. En prevención de esta situación, el sistema ideológico se expresará por medio de la cultura.

Esta “cultura oficial”, como la llama García Canclini (1981: 51), hará uso de todo medio posible para ejercer su poder obteniendo entonces tres características que denota de la siguiente manera. El poder cultural:

- a) Impone las normas culturales-ideológicas que adaptan a los miembros de la sociedad a una estructura económica y política arbitraria (la llamamos arbitraria en el sentido de que no hay razones biológicas, sociales o “espirituales”, derivadas de una supuesta “naturaleza humana” o “naturaleza de las cosas” que vuelvan necesaria a una estructura social determinada);
- b) Legitima la estructura dominante, la hace percibir como la forma “natural” de organización social y encubre por tanto su arbitrariedad;
- c) Oculta también la violencia que implica toda adaptación del individuo a una estructura en cuya

construcción no intervino y hace sentir la imposición de esa estructura como la socialización o adecuación necesaria de cada uno para vivir en sociedad (y no en una sociedad predeterminada).

Como se puede observar, en este punto de la dinámica del sistema ideológico puede identificarse una fractura entre las prácticas culturales de la sociedad, al existir una apropiación de los grupos subordinados de segmentos de la cultura y hacerlos propios, ya sea por una resistencia a la dominación o porque estos segmentos de cultura representan prácticas que funcionan como paliativos a las necesidades del grupo.

RELACIONES DE DOMINIO Y CULTURA, LOS GÉNEROS COMO GRUPOS

Para seguir adelante con la reflexión habrá que interpretar a las sociedades en función de una primera división fundamental: la de los géneros (masculino y femenino), ya que antes de pertenecer a una clase social se es parte de un género; por lo tanto, podemos detectar en este punto un grupo dominante dentro de la sociedad que se puede superponer a la división de clases sociales, el grupo de los hombres.

Las sociedades occidentales han sustentado su base social en una división sexual del trabajo que ha significado la denigración de las actividades asignadas a las mujeres. Esta devaluación

Ilustración: Juan Ezcurdia



desembocó en un principio en la exclusión de las mujeres de los grupos hegemónicos, convirtiéndolas, en el mejor de los casos, en grupos auxiliares de su propia clase social, lo que provocó la cosificación de la mujer y la creación de un modelo de género dominante que sustenta el poder hasta extremos despóticos y dictatoriales. Si hacemos un análisis a este grupo dominante masculino podemos observar que ha sustentado una hegemonía con un sistema ideológico basado en una jerarquía hecha sobre la diferencia sexual a su favor, y que se ha mantenido a pesar de la dinámica social de las clases y los grupos, no importando que los bloques históricos hayan cambiado a su alre-

dedor. Todo parece indicar que el género hegemónico cuenta con un bloque histórico que está por arriba de los bloques determinados por elementos económicos y materiales.

La relación entre estos grandes grupos sociales tiene las mismas dinámicas que los grupos basados en la condición social. El sistema ideológico en todos sus estratos se encarga de absorber todo intento de resistencia y trata de resolver los connatos de crisis provocados por el descontento de los grupos subalternos; un grupo hegemónico que entienda la importancia de tener a su servicio a los demás grupos tratará siempre de adherir y absorber a los otros grupos antes de reprimirlos.

Un ejemplo de esta dinámica social lo plantea E. P. Thompson (1990: 135-170), al documentar las relaciones de dominio al servicio del sistema hegemónico llamándolas *economía moral*. Dichas relaciones son las que equilibran los vínculos grupales a un nivel ideológico. Es una especie de contrato entre dominantes y dominados que se caracteriza por ser un concepto cultural de reciprocidad disimétrica entre los miembros de la sociedad que hace pactar entre éstos los “mínimos no transgredibles” dentro de las relaciones de poder y sometimiento, asegurando la estabilidad social y la sobrevivencia de los grupos minoritarios y dominados. Al pactar estos “mínimos”, los grupos dominados aseguran una subsistencia en los lugares secundarios de la escala social, y así tenemos que las ideologías de los grupos se adecuan a esta economía moral en relación con la capacidad de saciar sus necesidades, pero siempre sobre la base del aseguramiento de una satisfacción mínima no transgredible.

Esta economía moral dentro de la cultura es una vía de doble sentido semejante al paso fronterizo entre naciones, ya que tanto la cultura oficial como la resistencia cultural hacen uso de ella; una al promover y naturalizar el mínimo no transgredible como el ideal de la satisfacción posible, logrando neutralizar resistencias al “convencer” ideológicamente de que el modo de vida es inmejorable y que, si no es lo mejor, por lo menos no es lo peor; y la resistencia al promover la visión crítica de los míni-

mos no transgredibles tachándolos de injustos y luchando por un mejoramiento de los mismos, por medio de protestas tolerando el sistema social, buscando esas “mejoras inmediatas”.

Cuando los grupos dominantes transgreden los límites rompiendo el pacto entre grupos, las ideologías de resistencia cobran fuerza y surge la agresión. Como ya lo había mencionado, surge el desequilibrio y deviene una revolución, o cuando menos las revueltas, castigando o sustituyendo al grupo en el poder. Los ejemplos de esta situación pueden verse en muchos fenómenos sociales como en la revolución mexicana y las revueltas inglesas durante el siglo XVIII, en donde se observan los intentos de castigo y sustitución de los grupos dominantes por la violación de los mínimos pactados.

En el caso del género, el sistema ideológico promueve los supuestos beneficios y las “amables concesiones” que ha otorgado a las mujeres a lo largo del tiempo reconociendo sus derechos, lo que más que concesiones son el producto de los levantamientos en contra del sistema hegemónico. Aunque el sistema tuvo que cambiar gracias a ellos, se ha podido adaptar a la pérdida del terreno ganado por las mujeres e incluso ha logrado sacar provecho de ello.

LA CULTURA POPULAR COMO EXPRESIÓN DEL SISTEMA IDEOLÓGICO

Se ha hablado de una “apropiación” o relegación de ciertas partes de la cultura

gracias a la acción de la ideología sustentando un poder cultural. Los grupos subordinados se resisten ante la cultura oficial, que menosprecia las formas culturales inservibles a la hegemonía y que por lo general son todas aquellas que dan una identidad y valor a los grupos subordinados como los barrios, las etnias y grupos minoritarios que quedan concentrados en un bloque al que se le ha denominado cultura popular.

Esta cultura popular subsiste en relación con la economía moral y es el ámbito donde se desarrolla la ideología de los grupos dominados.

La cultura popular es una parte de la cultura de una sociedad que ha quedado relegada y menospreciada en aras de otra parte de la cultura que valida las acciones del grupo en el poder y que favorece a la reproducción del sistema sustentado por este grupo. Como se dijo antes, la llamada cultura popular está compuesta por aquellas secciones de la cultura de una sociedad que se atribuyen o que se han impulsado exclusivamente en los grupos subordinados y a las que, por ser menos valiosas que las que forman la cultura oficial, se les da el carácter de poco desarrolladas e improductivas, además de que favorecen las ideologías de resistencia al no obedecer a los encargos sociales tan bien cumplidos por la cultura oficial, por lo que únicamente se estudian para reforzar su contenido ideológico perteneciente al sistema,¹ en virtud de que en la cultura popular el sentido común tiene supremacía y un poder dogmático.

De aquí se desprende una característica de la dinámica cultural de la sociedad: la cultura popular tiene una gran capacidad de trascendencia y validación de hechos y conocimientos, aunque se base en mitos, ya que, como he dicho, la cultura popular se mueve a través de un carácter práctico y concreto a los ojos de los grupos subordinados, por lo que el poder cultural encontrará resistencia dentro de los grupos que respalden esta cultura popular al sostener una ideología que fomente la satisfacción de las necesidades de dichos grupos, pero también éste encontrará que la resistencia dentro de la cultura popular no siempre conlleva a la petición de un cambio en las estructuras sociales o culturales, por lo que la utilizará a su favor para confirmar tanto la producción como la reproducción del sistema hegemónico en los grupos subordinados.

La cultura popular si bien cumple con una función naturalizadora de las ideologías dominantes como resultado de la reproducción cultural, también es el crisol de los ideales liberadores de los grupos oprimidos e impulsor de los movimientos sociales al preservar una identidad de grupo vinculada por el ideal de la satisfacción de las necesidades.

El poder cultural hace posible imponer modelos de conducta que hagan funcionar dentro de la estructura social dominante a todos sus miembros; es aquí donde encontramos que las tradiciones, las costumbres y el llamado "conocimiento popular" dan como resultado el fortalecimiento de los mo-

delos a seguir por los miembros de la sociedad, originando tanto estereotipos que tienen por objetivo legitimar los conceptos sobre hombres y mujeres como una posición cultural del “deber ser” de sus integrantes, logrando así una transición de los modelos y posturas de los géneros inscritos de un plano ideológico a un plano incuestionable, el plano de lo “natural”, anulando toda posibilidad de discusión y, por lo tanto, de cambio en la estructura dominante.

Estas posturas inscritas en los planos ideológicos y cotidianos dan como resultado modelos de comportamientos a seguir tanto para los individuos como para los grupos, por lo que al formarse un grupo natural (un grupo unido por lazos afectivos), ya sea en un ambiente de trabajo o en cualquier otro, éste reproducirá el modelo dictado en el plano ideológico y afirmado en el plano cotidiano, o en su defecto optará por una posición crítica ante ésta (Bauleo, 1975: 55-70), aunque, si se habla de las posturas de género, los grupos generalmente tenderán a reproducir total o parcialmente las conductas propias de su género.

El feminismo ha proporcionado diversos estudios a partir de una gama amplia de disciplinas, logrando una identificación de conductas pertenecientes a los modelos a seguir de los géneros y una revelación de los propósitos a quienes sirven estas conductas, enmarcándolas dentro de los procesos sociales, dejando en claro que la organización social establece la dualidad

hombre-mujer desde un principio genérico, fijando para cada uno características excluyentes y contradictorias, de donde derivan razones incuestionables de desigualdades de género, que fundan un discurso intrincado de complementariedad de opuestos. A estas diferencias se les convierte en el marco del sistema valorativo de la ideología gracias a las relaciones de dominio, y participan de las relaciones culturales, pasando a ser un eje importante de toda ideología.

Según esta propuesta, la cultura impone una serie de valores de género a sus integrantes; éstos deben seguirse, de lo contrario, la sociedad los descalficará como sujetos capaces de respetar y observar las normas ideológicas y culturales “aceptables”. Aun cuando se tenga una posición crítica al respecto, de alguna u otra manera siempre se responde al género que se nos ha asignado.

Dentro de la gama de manifestaciones que la cultura muestra de la masculinidad, hay ciertas actitudes que son comunes entre la cultura oficial y la popular y que son la base del modelo hegemónico de la masculinidad; Harry Christian (1994: 10-11) las plantea en nueve actitudes básicas:

1. Los hombres y las mujeres son substancialmente diferentes, y los hombres “de verdad” son superiores a las mujeres y a cualquier hombre que no se apegue a las normas convencionales de la masculinidad dominante.

2. Cualquier actividad o conducta identificada como femenina de-grada a cualquier hombre.
3. Los hombres no deben sentir (o al menos no deben expresar) las emociones que tengan la más mínima semejanza con sensibilidades o vulnerabilidades identificadas como femeninas.
4. La capacidad y el deseo de dominar a los demás y de triunfar en cualquier competencia, son rasgos esenciales de la identidad de cualquier hombre.
5. La dureza es uno de los rasgos masculinos de mayor valor.
6. Ser sostén de la familia es central en la vida de cada hombre, y es privilegio exclusivo de los hombres.
7. La compañía masculina es preferible a la femenina excepto en la relación sexual, que es la única vía masculina para acercarse a las mujeres.
8. El sexo permite tanto ejercicio del poder como obtener placeres, de manera que la sexualidad de los hombres de verdad es un medio de demostrar el dominio y la superioridad sobre las mujeres, así como la capacidad de competir con los demás hombres.
9. En situaciones extremas, los hombres debemos matar a otros hombres o morir a manos de ellos, por lo que declinar hacerlo, en caso necesario, es cobarde y, por lo tanto, demuestra poca hombría y poca virilidad.

Daniel Cazés (1996: 1-10) hace una aclaración del punto 3, referente a la situación sentimental de los hombres; menciona que es erróneo pensar que se les enseña a los hombres a no sentir o expresar sus sentimientos, más bien se les fomenta el uso de vías alternas diferentes de las femeninas para sustentar dicho fin, siguiendo las pautas de exteriorización y expansión de una manera radical, ocupando los espacios privados y públicos de una manera aparatosa. El hombre, al expresar sus sentimientos, lo debe hacer siguiendo las pautas antes mencionadas, debe ser duro y firme.

A MANERA DE CONCLUSIÓN. ¿CRISIS DEL MODELO?

Por medio de este visor de la opinión pública y el sentido común que es la cultura popular comprendida más allá de un simple folklore y a través de estudios sobre los papeles familiares, se ha detectado que el modelo hegemónico ha entrado en una nueva crisis gracias a la dificultad que los hombres están encontrando en cumplir con el perfil del modelo de masculinidad. Esta situación se puede apreciar en toda su fuerza al analizar las tasas de desempleo en hombres y su desplazamiento en el mercado de trabajo por mano de obra femenina; esto, además, a todos los niveles: la crisis económica ha hecho mella en el privilegio masculino de ser los únicos proveedores (Montesinos, 1996: 197-201).

¿Cómo es que ha explotado esta crisis? Esta situación, agudizada en los años recientes a causa de las condiciones económicas, puede sumarse al desarrollo que el grupo femenino ha venido viviendo como grupo subordinado. Sin duda el género hegemónico ha sufrido cambios debido a las crisis anteriores. Estas adaptaciones han provocado que su expresión cultural (el modelo de masculinidad) se haya modificado para disminuir el impacto de las consecuencias de acciones sociales que han transformado el curso de la historia de las sociedades y que han dado oportunidad a las mujeres de obtener concesiones ante el sistema ideológico dominante.

Un ejemplo de estas crisis son las grandes guerras mundiales, en las que las mujeres tuvieron una participación clave para el sostenimiento de las economías y, por consecuencia, de los grupos hegemónicos, aunque estas situaciones causaron graves crisis en el grupo masculino dominante, pues las mujeres demostraron que el sistema ideológico sustentaba mitos que fueron refutados, con hechos, por las mujeres.²

Si a esto adicionamos que las mujeres no sólo han luchado en el campo político con base en sus logros sino que los han reforzado con la formación de una capa intelectual propia, que ha provocado un contrapeso enorme en contra del sistema hegemónico masculino, observaremos que el sistema está perdiendo la dirección ideológica de los grupos subordinados.

Esto nos permite pensar que el modelo tratará de reestructurarse para mantener el control, pero el desarrollo de la capa intelectual del grupo femenino está lo suficientemente desarrollada como para impedir que se recupere el control total del sistema ideológico y desembocar en una especie de batalla de desgaste, en donde la capa intelectual de la hegemonía luchará por estabilizar el bloque, mientras el otro bloque intelectual seguirá adhiriendo más seguidores.

Este jaloneo político también será afectado por las condiciones externas, como las crisis financieras y el cambio de las condiciones sociales en general, pero si el grupo subordinado que ahora está en pugna con el dominante no prepara un sistema ideológico balanceado y opta por una actitud radical, el nuevo bloque se ve en peligro de perder su autonomía ganada ante el grupo dominante y se verá en la triste situación de imitar los mismos métodos que el decadente modelo dominante. Entonces, lo único que se lograría sería un cambio de grupo en el poder, pero no habría cambio alguno en el modelo hegemónico de género, ya que el nuevo bloque, al perder su autonomía, imitaría al viejo bloque, lo que equivale a afirmar que también se basaría en relaciones de dominio, y será igual de dominante que el anterior, el género hegemónico cambiaría de sexo, pero no de métodos ni de sistema ideológico, simplemente sería como si se viera en un espejo.

Para que se lograra un cambio efectivo en las relaciones de género, el grupo dominante tendría que proponerse cambiar el tipo de relaciones sociales y así acceder a un reconocimiento de la diferencia entre los grupos integrantes de la sociedad, cambiar el dominio por el consenso y buscar en la diferencia un complemento, para lograr que las jerarquías se tornaran en equidad.

¿Cómo lograr una hegemonía basada en la equidad? ¿Cómo salvar las trampas del modelo y no caer de nuevo en una relación dominadora? Cimentar una hegemonía en la equidad equivale a plantear que el bloque dominante desmonte el aparato hegemónico, empresa difícil, habría que hacer frente además a un sistema ideológico millenario que se niega a morir, pero sin duda algo que realmente se puede hacer es tratar de parar la violencia con que las relaciones de dominio se han reforzado en este fin de siglo, hay que detener la reproducción de los modelos fomentando una reestructuración del sistema ideológico para que éste dé cabida a cualquier expresión cultural proveniente de todos los grupos de la sociedad, también empresa difícil, pero no imposible, todo bloque histórico tiene un final, hay que procurar que éste signifique equidad.

NOTAS

¹ Con respecto al género podemos citar la moda del estudio de la picardía mexi-

cana hace algunos años, que contribuyó al fortalecimiento de estereotipos y a la reducción de la cultura popular a un mero folklore.

² Al escasear la mano de obra masculina, las mujeres trabajaron en la industria de guerra armando aviones de combate, realizando un trabajo tan aceptable como el de cualquier hombre.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis
1977 *Ideología y aparatos ideológicos del Estado en la filosofía como arma de la revolución*, Siglo XXI (Cuadernos del pasado y presente, 4), México, 8a. edición.
- Anzieu, D.
1971 *La dinámica de los grupos pequeños*, Kapeluz, Buenos Aires.
- Bauleo, A.
1975 "Notas para la conceptualización sobre grupo", en autores varios, *Psicología y sociología del grupo*, Fundamentos, Madrid, pp. 55-70.
- Cazés, Daniel
1996 *Hombres del siglo 21: visiones y prácticas de la paternidad*, ponencia presentada en el Encuentro de estudios de masculinidad en la UAM-X, noviembre de 1996, 10 pp.
- Christian, Harry
1994 *The making of anti-sexist men*, Routledge, Londres-Nueva York.
- García, Caclini, Nestor
1981 *Las culturas populares en el capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Gramsci, Antonio
1971 *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Nueva visión, Buenos Aires.
- Lagarde, Marcela
1990 *Cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas*

y locas. Coord. Gral. de Estudios de Posgrado-Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Montesinos, Rafael

- 1996 "Vida cotidiana, familia y masculinidad", en *Sociológica*, año 11, no. 31, mayo-agosto, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, pp. 197-201.

Pampliega, de Q.

- 1990 "La concepción de sujeto en el pensamiento de Pichón-Riviere. Fundamento para una psicología

definida como social", en *Enfoques y perspectivas en psicología social*, Cinco, Buenos Aires.

Portelli, H.

- 1982 *Gramsci y el bloque histórico*, (Colección sociología y Política), traducción de María Braun, 9a. edición, Siglo XXI, México.

Thompson, E.

- 1990 *Tradicón, revuelta y conciencia de clase; estudio sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, ERA, México.